

## SOCIABILIDAD E HISTORIOGRAFÍA: TRAYECTORIAS, PERSPECTIVAS Y RETOS

*Javier Navarro Navarro*  
*Universitat de València*

### UN TÉRMINO DISCUTIDO

En un artículo reciente, Jordi Canal se refería a las palabras de François Dosse en un trabajo publicado en 1992 y en el que el historiador francés afirmaba por entonces que la sociabilidad había ofrecido un nuevo y extenso terreno para la investigación histórica entre los contemporaneistas del país vecino. Canal, sin duda uno de los máximos difusores del concepto entre los historiadores españoles, ratificaba lo subrayado por Dosse y lo ampliaba para lo ocurrido en la historiografía de este lado de los Pirineos: los estudios sobre la sociabilidad “han participado y contribuido, en una u otra forma, a la renovación de la historia política, social y cultural que ha tenido lugar en España en la última década del siglo XX y en los primeros años del siguiente”. Compartir esta afirmación –que supone dejar constancia de los evidentes avances en los estudios en torno a esta temática así como en la normalización en el uso de la categoría– no implica en absoluto, como bien dejaba claro el propio Canal, “ser crítico con alguna de las cosas que se han elaborado amparándose en este rótulo”, que reflejan en buena medida una “incomprensión o una apropiación aporreada del concepto y de sus implicaciones”. Para el historiador catalán, la pretensión nunca ha sido, al menos entre aquellos investigadores más lúcidos, la creación de una nueva historia sectorial o una especie de “coto histórico” a desbrozar, lleno de aparentes novedades temáticas o metodológicas que vinieran a justificar, de paso, la existencia de un espacio de especialización propio<sup>1</sup>.

Sin duda, a muchos les parecerá, como intuye Pere Gabriel, que no merece la pena detenerse a reflexionar sobre la utilidad de una categoría y unas perspectivas

---

<sup>1</sup> Las citas corresponden al artículo de Canal, Jordi, “Historiografía y sociabilidad en la España contemporánea: reflexiones con término”, *Vasconia*, 33, 2003, pp. 12-13. Como podrá observarse, las reflexiones recogidas en el presente texto deben mucho a los trabajos y consideraciones anteriores sobre estas cuestiones de Jordi Canal, Pere Gabriel, Jean-Louis Guereña, Pere Solà o Jorge Uría, entre otros autores. Vaya por delante, por tanto, mi reconocimiento a todos ellos.

que comienzan a ser “démodé” para algunos círculos de la academia, que se preguntan en voz baja qué cosas realmente importantes útiles se han extraído de su uso. El concepto todavía rechina en algunos oídos, en palabras de Elena Maza, y las reticencias en la comunidad de historiadores no son pocas. Abarcan desde las críticas al posible “feísmo” de la palabra a la desconfianza hacia un término introducido por la historiografía francesa (por no hablar de su importación desde la sociología), pasando por su consideración como moda historiográfica (aunque, tal como van las cosas y en la línea expuesta por Gabriel, haya que matizar ya esto último) o las alusiones a la innecesariedad de la noción, su imprecisión o inconcreción semántica, o su confusión con otros términos como el de “asociacionismo” o con otros marcos teóricos, como puede ocurrir con el de “esfera pública” de raíz habermasiana<sup>2</sup>. Como puede verse, críticas muy diversas, sin duda algunas más fundadas que otras, que en todo caso hacen que reflexionar sobre las dificultades y problemas que plantea a los historiadores el uso de este concepto, así como sobre sus posibles utilidades y virtualidades, no sea un ejercicio inútil, sino más bien saludable e incluso necesario. Esto es lo que, modestamente y quizás de una manera un tanto dispersa, me propongo hacer en estas páginas.

### **Genealogía y usos**

Sin duda, la primera dificultad –si puede llamarse así– que se nos plantea al analizar la “sociabilidad” surge de la doble condición del término, sus dos caras. Por un lado, como noción con un origen histórico, como categoría normativa, usada por actores del pasado (y que nos sitúa en los orígenes de la modernidad) y, por otro, su utilización en el siglo XX como categoría analítica por parte de las ciencias sociales: en primer lugar, por parte de la sociología o la antropología y, por último, y a través sobre todo de la primera, por la historia.

En el primer caso, el término tiene una genealogía clara. Pese a lo que suele afirmarse, y tal como nos muestra Mónica Bolufer en uno de los artículos recogidos en el presente dossier, la palabra aparece ya en Francia en el siglo XVII. Será, no obstante, en el siglo siguiente cuando se difunda definitivamente su uso en diversos idiomas (entre ellos, el español<sup>3</sup>), en el contexto, como subraya Pilar Gon-

---

<sup>2</sup> Referencias en: Gabriel, Pere, “Sociabilismes obrers i populars i història política a la Catalunya contemporània”, en *Sociabilitat i àmbit local. Actes del VI Congrés Internacional d’Història Local de Catalunya*, Barcelona, L’Avenç, 2003, pp. 141-142; Maza, Elena, “Sociabilidad e historiografía en la España contemporánea”, *Ayer*, 42, 2001, p. 247 y Canal, Jordi, *Ibidem*, pp. 16-17.

<sup>3</sup> Se ha recogido en este sentido la definición de “sociabilidad” aparecida en el *Diccionario de Autoridades* (1739) como “tratamiento y correspondencia de unas personas con otras”, o en el *Diccionario castellano con las voces de Ciencias y Artes y sus correspondientes en las tres lenguas, francesa, latina e italiana* (1793), de Esteban de Terreros y Pando, como “sociedad, trato de unas personas con otras”. Véase: Guereña, Jean-Louis, “La sociabilidad en la España contemporánea”, en Sánchez, Isidro y Villena, Rafael (coords.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios aso-*

zález, de una expansión del campo semántico de lo social (con términos como sociedad, social, sociable o sociabilidad). Conviene tener presente que este uso no tiene que ver con el que posteriormente harán de él las ciencias sociales o la propia historia a través de Agulhon. Los actores utilizan el concepto de sociabilidad para dar cuenta no tanto de las relaciones cotidianas sino del objetivo que ellas deben perseguir: la compañía o la convivencia con otros. La sociabilidad es el fundamento de la vida común; el lazo racional y la cortesía aparecen así como constituyentes del vínculo social. La Ilustración insistirá en la sociabilidad natural del hombre, y en ésta como fundamento de una comunidad, de una agrupación natural o pactada. Este discurso estimularía en la nueva sociedad burguesa y liberal del XIX el desarrollo de nuevas formas asociativas que se consideraba que respondían a los valores que se atribuía a la sociabilidad. Por tanto, encontramos una “sociabilidad” que ya remite a prácticas concretas, además de a un discurso. El modelo en este sentido lo constituirán sin duda las sociedades filosóficas o científicas, espacio de sociabilidad por excelencia en la que se produce un ensamblaje entre prácticas y discursos<sup>4</sup>.

Por lo que hace al uso del concepto en las Ciencias Sociales y la Historia, nos encontramos con una noción procedente de la sociología a partir de conceptualizaciones pioneras, aportaciones y desarrollos posteriores de autores como Weber, Simmel, Gurvitch o Goffman, entre otros. Conviene realizar aquí una primera reflexión en la línea de nuestros propósitos iniciales. Aunque no sea nuestra intención extendernos en este punto, es imprescindible destacar que, tal como señala Jorge Uría, la noción de sociabilidad ha tenido una plasmación sociológica mucho más plural que la que a veces se resalta en el ámbito historiográfico. En numerosas ocasiones, las breves referencias entre los historiadores a este origen se suelen resolver en una especie de “tortilla sociológica”, en palabras de Uría<sup>5</sup>. Las alusio-

---

*ciativos en torno a 1898*, Cuenca, Ediciones Castilla-La Mancha, 1999, p. 15, y, del mismo autor, “Un ensayo empírico que se convierte en un proyecto razonado. Notas sobre la historiografía de la sociabilidad”, en Valín, Alberto (dir.), *La sociabilidad en la historia contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Ourense, Duen de Bux, 2001, p. 15. Véase también: Fernández Sebastián, Javier, “Un país de individualistas insociables. Concepto, léxico y percepción de la sociabilidad en el discurso regeneracionista de fines del siglo XIX”, en Sánchez Mantero, Rafael (ed.), *En torno al 98. España en el tránsito del siglo XIX al XX*, vol. 1, Huelva, Asociación de Historia Contemporánea-Universidad de Huelva, 2000.

<sup>4</sup> González Bernaldo de Quirós, Pilar, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, en Pani, Erika y Salmerón, Alicia (eds.), *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje*, México, Instituto Mora, 2004.

<sup>5</sup> Uría, Jorge, “Sociabilidad informal y semiótica de los espacios. Algunas reflexiones de método”, en Canal, Jordi (coord.), *Política y sociabilidad en torno a Maurice Agulhon*, Madrid, Casa de Velázquez (en prensa, consultado por gentileza del autor). En este texto, Uría realiza un breve pero lúcido –y nada común entre historiadores– recorrido por alguna de las reflexiones sobre la sociabilidad (en particular sobre su vertiente más “informal”) dentro de la tradición sociológica, con referencias a Gurvitch, Simmel, o Goffman, por ejemplo. Parece evidente, por tanto, la presencia de un interés continuado hacia la cuestión por parte de la sociología, aunque también de

nes de investigadores como Pere Gabriel, Pere Solà, Jordi Canal o el propio Uría –que han utilizado de una u otra manera en sus investigaciones concretas las perspectivas “sociabilistas”– a la necesidad de un debate interdisciplinar van lógicamente mucho más allá de esto o del reconocimiento de una deuda evidente<sup>6</sup>. Suponen, entre otras cosas, conocer hasta qué punto las aportaciones de aquellos autores y, en la medida de lo posible, los paradigmas y marcos teóricos existentes dentro de la tradición sociológica, así como sus desarrollos en las últimas décadas, puedan ser útiles para una aplicación fructífera y problematizada del concepto en el territorio de la historia. Perspectivas como las de las asociaciones voluntarias o secundarias, el análisis de redes, las reflexiones en torno al llamado Tercer Sector o las teorías de los movimientos sociales y la acción colectiva, son sólo algunas de las posibilidades que pueden estimular las reflexiones historiográficas, por no hablar de similares planteamientos procedentes de la antropología<sup>7</sup>.

---

una cierta resistencia a incorporar esta terminología a su repertorio habitual. En todo caso, la historiografía ha mostrado una menor receptividad: la sociabilidad no ha sido de hecho una categoría común en el léxico de los historiadores franceses hasta etapas mucho más recientes, y todavía más por lo que se refiere a España.

<sup>6</sup> Es el caso de Gabriel, Pere (*op. cit.*, pp. 142-145), quien habla de un “debat interdisciplinar indefugible”, pero que en todo caso no “ens hauria de facilitar l’oblit de la nostra propia especificitat com a historiadors”. También de las interesantes reflexiones de Pere Solà, quien apuesta por un cruce de paradigmas (“Asociacionismo en la España periférica: tipología y rasgos dominantes”, en Maza, Elena (coord.), *Asociacionismo en la España contemporánea. Vertientes y análisis interdisciplinar*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003, pp. 92-97) y por “prendre’s seriosament el principi d’interdisciplinarietat” (“Esbós per a una metodologia de l’estudi de les xarxes de sociabilitat a l’època contemporània”, comunicación al *VI Congrés Internacional d’Història Local de Catalunya. Sociabilitat i àmbit local, Barcelona, 30 de novembre i 1 de desembre de 2001*). Véase también: Canal, Jordi (“Historiografía y sociabilidad...”, *op. cit.*, p. 24), quien propone “evitar la desconexión (...) entre historiadores, antropólogos y sociólogos en torno a la sociabilidad”, una mutua desconfianza que debe ser superada desarrollando “contactos cruzados” que intercambien metodologías y enfoques.

<sup>7</sup> Véase un resumen de las conceptualizaciones útiles para el estudio de la sociabilidad y el asociacionismo, procedentes de la sociología y la antropología, en Cucó, Josepa, “Sociabilidad y estructuras de mediación”, en *Sociabilitat i àmbit local...*, *op. cit.*, y “La sociabilité”, *Ethnologie Française*, vol. XXX-2, 2000. Cucó opta por una interpretación de la sociabilidad en un sentido amplio, cuya definición incluya grupos y redes que constituyen los espacios sociales intermedios. Véase también de esta autora: “El papel de la sociabilidad en la construcción de la sociedad civil” en Cucó, Josepa y Pujadas, Joan J. (coords.), *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la península ibérica*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1990 y *El quotidià ignorat. La trama associativa valenciana*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991. Son especialmente interesantes asimismo las reflexiones de otro antropólogo: Escalera, Javier, “Asociacionismo y antropología”, en Maza, Elena (coord.), *Asociacionismo...*, *op. cit.*; “Sociabilidad y relaciones de poder”, *Kairós*, 6, 2000; y su estudio clásico *Sociabilidad y asociacionismo. Estudio de antropología social en el Aljarafe sevillano*, Sevilla, Diputación Provincial, 1990. Para ejemplos de las posibilidades de aplicación de los paradigmas mencionados en la investigación histórica sobre estos temas, véanse, entre otras, las reflexiones de Solà en los trabajos mencionados en la nota anterior, o también: Martín, Luis P., “Redes políticas y asociaciones secundarias. Nuevos aportes a la sociología histórica”, en Álvarez, Amparo y otros (coords.), *El siglo XX: balances y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000.

Como es sabido, la noción de “sociabilidad” penetra en el campo de la historiografía a partir de finales de los 60 y la década de los 70 a través de los trabajos de Maurice Agulhon, verdadero difusor del término entre los historiadores. Se suele citar como hito inicial la publicación en 1966 de *La sociabilité méridionale*, reeditada dos años más tarde con el título de *Pénitents et franc-maçons de l'ancienne Provence*<sup>8</sup>. El libro tuvo un gran impacto en la historiografía francesa y fue interpretado en algunos casos como una ampliación de los horizontes de la historia social y política<sup>9</sup>. Lo que resulta evidente es que Agulhon pasaría a ser el auténtico punto de comunicación entre una categoría utilizada hasta entonces por los sociólogos, y la comunidad de historiadores<sup>10</sup> que, poco a poco, comenzarán a usar la nueva noción, primero en Francia y después en otros países, lo cual certificaría de paso, de ahí en adelante, la condición de la historiografía francesa como exportadora del concepto<sup>11</sup>. Por su parte, Agulhon siguió trabajando en el análisis de los cambios en las formas y espacios de sociabilidad en el tránsito entre el Antiguo Régimen y el nacimiento y consolidación de la Francia burguesa. En las investigaciones posteriores de éste, al igual que sucedería con los historiadores que seguirán su estela o que se limitarían simplemente a servirse de la noción, el concepto fue ampliando los marcos donde fue inicialmente utilizado: geográfico (más allá de la Francia meridional), cronológico (más allá del tránsito entre el XVIII y

<sup>8</sup> Agulhon, Maurice, *La sociabilité méridionale (Confréries et associations dans la vie collective en Provence Orientale à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle)*, Aix-en-Provence, La Pensée Universitaire, 1966 y *Pénitents et Franc-Maçons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale*, París, Fayard, 1968. La bibliografía de Agulhon sobre estas cuestiones es vastísima e irreproducible aquí. Una buena guía y listados bibliográficos útiles al respecto pueden encontrarse en el dossier dedicado a Agulhon en la revista *Historia Social* (nº 29, 1997).

<sup>9</sup> Véanse, por ejemplo, las valoraciones de Antoine Prost en este sentido: Prost, Antoine, “Sociale et culturelle indissociablement”, en Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-François (eds.), *Pour une histoire culturelle*, París, Editions du Seuil, 1997, p. 136. Tal como señala James Amelang, estas aportaciones sobre la “sociabilidad” pudieron inscribirse en un sentido global en un contexto de insatisfacción contra determinados aspectos de una historia social “clásica” y en la reacción contra los estructuralismos dominantes de raíz marxista o “annalista”. Amelang, James S., “La sociabilitat a l’edat moderna: algunes qüestions de mètode”, en *Sociabilitat i àmbit local...*, *op. cit.*

<sup>10</sup> Incluso historiadores críticos con la herencia agulhoniana, como es el caso de Pere Solà, subrayan este mérito de Agulhon a la hora de “haber ayudado a dar carta de ciudadanía a la dinámica de la sociedad civil en una comunidad académica, la de los historiadores, muy dada a lecturas tendencialmente instrumentalizadoras de lo social en beneficio de una lectura sesgada en términos de poder económico y político”. Solà, Pere, “Asociacionismo en la España periférica”, *op. cit.*, p. 90.

<sup>11</sup> Aun reconociendo esto último, Pere Gabriel advierte, por ejemplo, del peligro de presentar las teorizaciones y el debate historiográfico sobre la sociabilidad como un asunto exclusivamente franco-italiano. Así, Gabriel propone integrar también aquí las reflexiones de la historia social anglosajona de raíz marxista y de la Escuela de Frankfurt o, también por lo que hace a Alemania pero más recientemente, de la historia de lo cotidiano o *Alltagsgesichte*. Gabriel, Pere, *op. cit.*, pp. 142-144.

el XIX), y temático (más allá de las asociaciones). Así, la sociabilidad iría derivando hacia una acepción más extensa y abierta, incorporando no solamente las asociaciones, sino también otros aspectos menos formalizados de la vida social y asimilándose finalmente al estudio de ámbitos como, por ejemplo, el de la vida cotidiana.

Las definiciones del término no han sido precisamente el punto fuerte en este proceso de introducción del concepto en el territorio historiográfico, y han constituido objeto de polémica, sea por su imprecisión o debilidad teórica, a ojos de sus críticos, sea por la orientación concreta que manifestaran (en un sentido más o menos formalista). En todo caso, se han visto lógicamente influidas por la evolución en su concepción y utilización ya comentada<sup>12</sup>. Se suele citar una definición del propio Agulhon, ya de 1981 (quince años después, por tanto, de la aparición de *La Sociabilité Meridionale*): “Les systèmes de relations qui confrontent les individus entre eux ou qui les rassemblent en groupes, plus ou moins naturels, plus ou moins contraignants, plus ou moins stables, plus ou moins nombreux”<sup>13</sup>. Una definición de sociabilidad, como se ve, muy amplia y extensa, global e integradora a ojos de sus seguidores, y que daba juego asimismo para la utilización del concepto en diversos contextos, pero criticada en ocasiones por su excesiva ambigüedad. Lo cierto es que Agulhon hizo uso también de una definición más restrictiva que venía a identificarse con el estudio concreto de las “formes de sociabilité spécifiques”, en concreto las asociaciones<sup>14</sup>. ¿Previsión o advertencia por parte del propio Agulhon acerca del posible uso como comodín de la “sociabilidad”? Algo de esto había, sin duda, como reconocería el historiador francés, quien jamás perdió de vista el carácter utilitario de la noción (lejos de convertirla en una especie de fetiche) para sus investigaciones concretas que, desde un principio, relacionaron estrechamente el mundo asociativo y la política en un sentido amplio. No obstante, conviene subrayar la importancia que Agulhon concedió siempre –también desde un principio– a la sociabilidad menos asociativa o informal, crucial por ejemplo en las redes sociales de carácter popular, en su cultura y en su vida asociativa. Sea como fuere, la cuestión de la distinción entre estos dos tipos de sociabilidad (en buena medida heredada también de la sociología), ha gravitado desde entonces en la historiografía provocando una cierta confusión y una polémica asociada a su uso a la que nos volveremos a referir más tarde.

Desde los trabajos de Agulhon, el concepto se ha difundido y arraigado en los trabajos de un buen número de historiadores de muchos países europeos y americanos. Sin duda, la extensión y fortuna de la categoría ha sido estimulada por su concreción (como señalan sus críticos) o poliedrismo (si lo vemos desde el ángulo

<sup>12</sup> Guereña, Jean-Louis, “Un ensayo empírico...”, *op. cit.*, pp. 19-24.

<sup>13</sup> Agulhon, Maurice, “Les associations depuis le début du XIX<sup>e</sup> siècle”, en Agulhon, Maurice y Bodiguel, Maryvonne, *Les associations au village*, Le Paradou, Actes Sud, 1981, p. 11.

<sup>14</sup> Como la que podemos encontrar en su libro *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, Paris, Armand Colin, 1977.

de sus partidarios). Lo que es cierto es que su uso se ha normalizado en las distintas historiografías donde se ha introducido. Ha experimentado también en ellas, como señalábamos antes, un proceso de ampliación cronológico, geográfico y temático, integrando decididamente el mundo de la sociabilidad “informal”. Los espacios de ocio (café, tabernas, salones, burdeles, etc.); las fiestas, mercados, plazas, calles y la ciudad en general; el mundo rural; la música, el deporte o el turismo; las sociedades culturales y recreativas; los grupos, entidades y círculos políticos de toda clase; el taller y la empresa; la masonería, el ejército, las parroquias y cofradías; la vida familiar o las sociabilidades femeninas son sólo algunos de los ejemplos (el listado sería aún mucho mayor) de este heterogéneo conjunto de lugares, formas y prácticas abordados desde estas perspectivas. Es evidente, por tanto, que la utilización de las metodologías y enfoques relacionados con la sociabilidad ha legitimado nuevos temas aptos para la investigación histórica y que después –o al menos paralelamente– han entrado definitivamente en la agenda de la historia social y cultural, pese a la resistencia siempre presente de ciertos núcleos duros de la historiografía a abordar aspectos en teoría “menores”. Obviamente, no basta sólo con eso y conviene recordar –aunque sea éste un principio básico del oficio de historiador– que lo fundamental no es evidentemente la novedad en los temas sino el enfoque y la manera de abordarlos, y la forma en que nos puedan ser efectivamente útiles para una mayor y más compleja explicación de la realidad histórica.

En definitiva, la sociabilidad se ha convertido en ingrediente histórico de los más variopintos objetos en todas partes y en todas las edades. El resultado es un –ya amplio– territorio historiográfico y la génesis en los últimos años de un gran número de trabajos con el denominador común de la sociabilidad<sup>15</sup>. Entre sus logros se encuentran la ya mencionada apertura temática y la aplicación de perspectivas relacionadas con la sociabilidad en buen número de cuestiones y problemas relacionados con la historia social, política y cultural. También cabría destacar la cada vez más evidente normalización en el uso del término (no sin dificultades, como señalábamos antes) y su ingreso más o menos aceptado en el vocabulario del análisis histórico en distintas historiografías, aunque como contrapartida se detecta un uso ecléctico y a menudo en absoluto problematizado de la noción y, por extensión, de los enfoques relacionados con ella. Resulta evidente, por tanto, que es en el ámbito de las teorizaciones donde residen los principales escollos y zonas de sombra asociados a la “sociabilidad”.

La extensión y éxito del concepto no se reduce a la historiografía francesa: podemos encontrar ejemplos de su uso en Italia, España, Bélgica, Alemania, Portugal, América Latina (Argentina, México), etc. Pero ha sido en el país donde tuvo su origen la historiografía de la sociabilidad, Francia, donde el recorrido se ha mostrado lógicamente más amplio y fecundo. Puede hablarse aquí de un vasto ám-

---

<sup>15</sup> Véase Canal, Jordi, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión”, en Maza, Elena (coord.), *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 38-42.

bito historiográfico que tiene en el dinamismo y la diversidad temática sus aspectos más llamativos, criticándose, no obstante, el empirismo a ultranza, el desmigajamiento en los objetos de estudio ( un “émiettement” considerado por otra parte como una característica general de la historiografía francesa de las últimas décadas) y los escasos vuelos teóricos de buena parte de estos trabajos. De una u otra manera, no obstante, lo cierto es que en el país vecino la sociabilidad ha continuado captando la atención de diferentes equipos de investigación de carácter interdisciplinar y generando numerosas publicaciones y coloquios y encuentros periódicos de la más diversa índole. Una prueba evidente de la normalización en el uso del concepto ha sido su integración como un apartado más en las obras de síntesis o en las historias sectoriales (culturales, de la vida privada, de la vida urbana, etc.) producidas por los historiadores franceses en los últimos años<sup>16</sup>.

También cabe referirse al caso de Italia, donde se ha desarrollado desde principios de la década de los 80 una interesante historiografía relacionada con la sociabilidad (el hito fundacional sería en este caso la publicación del libro *Forme di Sociabilità nella storiografia francese contemporanea*, coordinado por Giuliana Gemelli y Maria Malatesta<sup>17</sup>), cuyos rasgos más sobresalientes han sido, como ya se ha subrayado, una mayor preocupación por la reflexión teórica que en el caso francés y una atención privilegiada hacia el mundo de lo político, que encuentra, por ejemplo, en los trabajos de Maurizio Ridolfi a uno de sus más destacados representantes<sup>18</sup>. Pero sería caer en otro error el circunscribir a Francia o Italia las manifestaciones más reseñables de la historiografía sobre la sociabilidad, que también ha dado frutos diversos en los países mencionados más arriba. Para no convertir estas páginas en un nuevo estado de la cuestión sobre el tema, citaremos tan sólo la vía abierta en América Latina a partir de la obra de François-Xavier Guerra y su aplicación del concepto de sociabilidad a los estudios sobre la historia política y los procesos de construcción nacional en los países de esta área geográfica, y

---

<sup>16</sup> Lecuyer, Marie-Claude, “Las aportaciones de los historiadores e hispanistas franceses: balance de una década”, en Maza, Elena (coord.), *Sociabilidad en la España contemporánea...*, *op. cit.*, pp. 10-15. Tal como señala esta autora, las temáticas han sido variadísimas: sociabilidad cultural y musical, círculos burgueses, salones y logias masónicas, cafés, bailes, termalismo, playas, sociedades de juegos, deportivas o políticas, etc. Los estudios se han centrado tanto en el análisis de los “espacios” de la sociabilidad (fábricas o empresas, cafés, mercados, calle, etc.) como en sus “tiempos” (el ocio, la fiesta, el trabajo) o en sus “prácticas” (sociabilidad intelectual y epistolar, conversación, prensa, etc.), por citar sólo algunas direcciones.

<sup>17</sup> Milán, Feltrinelli, 1982.

<sup>18</sup> Entre otros trabajos de este historiador, pueden verse: Ridolfi, Mauricio, *Il circolo virtuoso. Sociabilità democratica, associazionismo e rappresentanza politica nell'Ottocento*, Firenze, Centro Editoriale Toscano, 1990; *Il PSI e la nascita del partito di massa, 1892-1922*, Roma Laterza, 1992 y *Interessi e passioni, Storia del partiti politici italiani tra l'Europa e il Mediterraneo*, Milán, Bruno Mondadori, 1999. Otras referencias sobre la historiografía de la sociabilidad en Italia pueden encontrarse en los balances de Canal, Jordi, “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España), *Siglo XIX*, 13, 1993 y “La sociabilidad en los estudios...”, *op. cit.*

cuya huella se deja sentir, por ejemplo, en los interesantes trabajos de historiadores como Pilar González Bernaldo de Quirós para el caso argentino<sup>19</sup>.

Por lo que hace a España, la introducción de la noción y de las perspectivas asociadas a la sociabilidad –así como de la obra de Agulhon en general– entre los historiadores (no así entre sociólogos y antropólogos) fue más tardía, y se produjo básicamente a través de la intermediación del hispanismo francés<sup>20</sup>, un redescubrimiento de la capacidad explicativa de la sociabilidad y el asociacionismo que cabe remontar a finales de la década de los ochenta. El hito lo constituyó en este caso la publicación de un especial de la revista *Estudios de Historia Social* dedicado al “análisis de la sociabilidad” en la España contemporánea (con textos de Jacques Maurice, Marie-Claude Lecuyer, Michel Ralle, Jean-Louis Guereña, Gérard Brey y Manuel Morales Muñoz) y que abrió, sin duda, camino<sup>21</sup>. El panorama de los estudios sobre la sociabilidad en la historiografía española a principios de los noventa fue expuesto por Jordi Canal en otro texto pionero<sup>22</sup>. Si entonces (1992) nos encontrábamos con un terreno ya abonado, pero lleno de vacíos cronológicos y temáticos y de múltiples posibilidades futuras para los historiadores españoles, y donde la “parte del león” se la llevaban las aportaciones de antropólogos e hispanistas franceses, la situación en esta última década parece haber cambiado sustancialmente, como muestran los balances sobre la cuestión publicados en los últimos años y a los que remitimos al lector<sup>23</sup>.

Por lo pronto, el concepto es utilizado cada vez con mayor frecuencia y con una relativa normalidad en numerosas investigaciones, bien como objeto de estudio en sí mismo (lo que de paso ha permitido mejorar, que no completar, nuestro conocimiento de las distintas formas y espacios de sociabilidad en la España con-

<sup>19</sup> Véanse, por ejemplo: Guerra, François-Xavier; Lempérière, Annick y otros, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, y González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilité et politique aux origines de la nation argentine. Les sociabilités politiques a Buenos Aires, 1829-1862*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1999 (traducción española: *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001).

<sup>20</sup> Para un balance de la trayectoria de la labor del hispanismo francés en este terreno, véase: Lecuyer, Marie-Claude, *op. cit.*, pp. 15-23.

<sup>21</sup> *Estudios de Historia Social*, 50-51, julio-diciembre 1989. También: Guereña, Jean-Louis y Tiana, Alejandro (eds.), *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX-XX. Coloquio hispano-francés (Casa de Velázquez, Madrid, 15-17 junio de 1987)*, Madrid, Casa de Velázquez - UNED, 1989.

<sup>22</sup> Canal, Jordi, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, *Historia Contemporánea*, 7, 1992.

<sup>23</sup> Entre otros: Maza, Elena, “Sociabilidad en España”, en *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional*, t. IV, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa '98, 1998. De la misma autora: “Sociabilidad e historiografía...”, *op. cit.* y “El asociacionismo y sus formas”, en Morales Moya, Antonio (coord.), *Las claves de la España del Siglo XX. La modernización social*, Madrid, Sociedad Estatal Nuevo Milenio, 2001. En este último volumen, véase también: Luengo, Félix, “Los marcos de sociabilidad”. Asimismo: Canal, Jordi, “Los estudios sobre la sociabilidad en España”, *Arxius*, 3, 1999 y “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión”, *op. cit.*

temporánea), bien como instrumento metodológico a la hora de abordar problemas y temas de interés de la historia política, social o cultural. El surgimiento de equipos de investigación, consolidados ya a lo largo de los últimos años<sup>24</sup>, la celebración de diferentes coloquios y jornadas sobre distintas temáticas de las sociabilidad formal e informal, y la publicación de volúmenes colectivos en torno a estas cuestiones así lo atestiguan<sup>25</sup>. Se puede hablar en principio, por tanto, de un creciente éxito y de una progresiva integración del concepto en la historiografía española (apareciendo, por ejemplo, como apartado específico en congresos de tipo general o en monografías u obras colectivas dedicadas a otras cuestiones), aunque cabría matizar esta afirmación<sup>26</sup>. En numerosas ocasiones, el uso de la noción no pasa de su conversión en mera etiqueta o epígrafe más o menos afortunado, simple barniz de viejas perspectivas y por completo ausentes de problematización teórica, etc.<sup>27</sup> Por otra parte, en todo el proceso no ha faltado la polémica sobre la es-

<sup>24</sup> Cabe destacar, por ejemplo, la labor del GEAS (Grupo de Estudios sobre Asociacionismo y Sociabilidad) en Castilla-La Mancha, en torno a Isidro Sánchez Sánchez y otros investigadores, y que ha dado como resultado publicaciones como: *España en sociedad. Las asociaciones a fines del siglo XIX* (Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1998); *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898* (Sánchez, Isidro y Villena, Rafael, GEAS, coords., Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999) y López Villaverde, Ángel y Ortiz Heras, Manuel (coords.), *Entre surcos y arados: el asociacionismo agrario en la España del siglo XX*, publicado también por la Universidad de Castilla-la Mancha en 2001. Asimismo, puede citarse el grupo coordinado por Elena Maza para Castilla-León (con los volúmenes: Maza, Elena, coord., *Sociabilidad en la España contemporánea...*, *op. cit.*, y *Asociacionismo...*, *op. cit.*) o la actividad investigadora en torno a estas cuestiones desarrollada en núcleos como la Universidad del País Vasco (Javier Fernández Sebastián, Félix Luengo o Luis Castells sobre vida cotidiana y sociabilidad, o el reciente número de la revista *Vasconia* –nº 33, 2003– que recoge las actas de las jornadas celebradas en Portugalete en 2002 dedicadas a “Espacios de sociabilidad en Euskal Herria”), Vigo (Alberto Valín: véase Valín, Alberto, coord., *La sociabilidad en la historia contemporánea...*, *op. cit.*), Oviedo (Jorge Uría), Málaga (Manuel Morales Muñoz) o Cataluña (en este último caso véase el congreso dedicado al tema por la revista *L’Avenç* en 2001: *Sociabilitat i àmbit local...*, *op. cit.*, los trabajos sobre sociabilidad informal de Carles Santacana y y Xavier Pujadas, los de Pere Gabriel sobre sociabilidad e historia política o la larga línea de estudios sobre asociacionismo desarrollada por Pere Solà).

<sup>25</sup> Es de esta opinión Guereña, Jean-Louis, “Espacios y formas de la sociabilidad en la España contemporánea. Introducción”, *Hispania*, 214, vol. LXIII/2, mayo-agosto 2003, pp. 409-410. Este monográfico de la revista *Hispania*, coordinado por el propio Guereña (y que incluye también artículos de Francisco Villacorta, Rafael Villena y Ángel Luis López, Javier Navarro, Jaume Carbonell, Xavier Pujadas y Carles Santacana, Luis P. Martín, J. L. Guereña, Jorge Uría y Danielle Bussy Genevois) es precisamente una de las más recientes aportaciones en este sentido.

<sup>26</sup> Las referencias a la sociabilidad siguen siendo, en algunos casos, meramente anecdóticas: “ilustraciones” del discurso que adornan la narración con la descripción, por ejemplo, del programa de una velada instructiva en una sociedad obrera o con la evocación de los avatares de un mitin político o una procesión cívica. Se trata, en todo caso, de breves alusiones que tienden a desaparecer cuando los temas tratados “llegan a ser aparentemente más serios”, tal como ya señalaba en su momento Ralle, Michel, “La sociabilidad obrera en la sociedad de la Restauración (1875-1910)”, *Estudios de Historia Social*, 50-51, julio-diciembre 1989, p. 163.

<sup>27</sup> Pere Gabriel constata una doble tendencia negativa en la historiografía española en relación a estos temas. Por un lado, el poco esfuerzo dedicado a discutir con un poco de profundidad

tricta interpretación, delimitación y utilización del concepto, lo cual, dicho lo anterior, no es ni mucho menos lo más grave.

## DIFICULTADES Y PROBLEMAS

En un sentido general, puede pensarse que las problemáticas relacionadas con el tratamiento de la sociabilidad por parte de la historiografía son en cierto modo la consecuencia lógica de la aplicación de una categoría tan polifacética, de difícil delimitación, en una variada gama de trabajos y temas. Son obvias las dificultades que encierra el uso de un concepto en cuya definición se entrecruzan campos tan diversos y amplios, que engloban en principio las distintas dimensiones de la interrelación entre individuos, grupos y sociedad, a diferentes niveles, formas y esferas de actuación<sup>28</sup>. Sin duda, la gran complejidad de la realidad que denota dificulta su estudio<sup>29</sup>. Por otro lado, se trata de una noción sometida a una evidente heterogeneidad de influencias y cruces interdisciplinarios (sociología, antropología/etnología, psicología social, historia, etc.). Resulta conveniente, por consiguiente, partir del reconocimiento de que nos encontramos ante una categoría abierta, de rostro multiforme y en permanentes (y necesarias) construcción y revisión<sup>30</sup>.

Más grave resulta, por tanto, que, tal como señalábamos, su aplicación en la práctica historiográfica concreta haya venido acompañada a menudo de una ausencia de reflexión real sobre los marcos concretos de su utilización como categoría de análisis. Así, Pilar González Bernaldo de Quirós ha advertido sobre la peligrosa creencia arraigada de que la sociabilidad es una noción de sentido común que no necesita ser explicada ni contextualizada, sino simplemente evocada. Si todo es sociabilidad, pierde pertinencia, dado que, al explicar todo, acaba por no explicar nada. Resulta difícil evaluar la utilidad de un concepto cuyos alcances y límites no han sido suficientemente explorados. Para esta historiadora, en definitiva, es una “pobre conquista” constatar tan sólo que el término se haya difundido en el vocabulario historiográfico; no nos debe bastar con eso<sup>31</sup>.

---

teórica estas cuestiones, pero también, paralelamente, el peligro de una reflexión metodológica “autoalimentada” al margen de la investigación de archivo y siempre a remolque de cualquier novedad discursiva. En todo caso, parece imperar un cierto desequilibrio entre discusión teórica y práctica investigadora concreta. Gabriel, Pere, *op. cit.*, pp. 141 y 145

<sup>28</sup> “Todo lo que afecta a la interrelación entre los individuos, entre éstos y la sociedad o de ésta en su conjunto; en todos los ámbitos, ya sean los personales, los derivados de los procesos de socialización, de sus resultados institucionales o incluso del propio Estado; y tanto en la esfera de lo público, de lo político, de lo laboral o, cómo no, del ocio y de la vida cotidiana, pueden incluirse en el estudio de la sociabilidad”. Luengo, Félix, *op. cit.*, p. 367.

<sup>29</sup> Solà, Pere, “Asociacionismo en la España periférica”, *op. cit.*, p. 91.

<sup>30</sup> Maza, Elena, “La horizontalidad de las solidaridades. El mutualismo en la España contemporánea”, *Ayer*, 25, 1997, pp. 73-74.

<sup>31</sup> González Bernaldo de Quirós, Pilar, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, *op. cit.* Reflexiones similares en: Luengo, Félix, *op. cit.*, p. 368 y Guereña, Jean-Louis, “Un ensayo empírico...”, *op. cit.*, pp. 16-17.

Como decíamos, la misma amplitud de la noción ha sido en cierta medida una de las claves de su capacidad de atracción y de su éxito, dado que su “su carácter inconcreto y poliédrico a la vez estimula las propias indagaciones”, lo cual podría servir en principio para aprovechar la plasticidad que el concepto ofrece<sup>32</sup>. Pero esta ambigüedad se ha convertido quizás en el principal blanco de crítica; nos encontramos así ante la más evidente paradoja en el tratamiento historiográfico de la sociabilidad, víctima en buena medida de su mismo éxito. En efecto, uno de los reproches más habituales ha sido la conversión de este campo de estudios en una especie de “cajón de sastre” donde pueden encontrarse productos muy dispares y temáticas de lo más variadas. Es cierto –y nos referimos en concreto a la historiografía española, pero el fenómeno podría hacerse extensivo también al caso francés, por ejemplo– que la sociabilidad ha acabado utilizándose en numerosas ocasiones como categoría comodín (una especie de fetiche o muletilla), uno de los peligros más evidentes en el proceso de difusión de esta noción. La “sociabilidad” ha servido a menudo para legitimar o rebautizar de forma más o menos novedosa trabajos meramente descriptivos del objeto de estudio, lo que ha acentuado las críticas a su posible utilidad real o a su condición de moda pasajera.

En este sentido, Jorge Uría ha advertido sobre otra práctica bastante común: el uso del término como etiqueta donde antes se hablaba de “asociacionismo”, sin mediar reflexión teórica previa alguna o cambio en lo que a perspectivas metodológicas se refiere. Para Uría, muchos de los trabajos presentados como estudios sobre sociabilidad se mantienen en realidad dentro de un enfoque tradicional de historia del asociacionismo<sup>33</sup>. No cabe duda que las investigaciones más válidas en este último campo han permitido ampliar el abanico de entidades consideradas habitualmente como “asociaciones”, pero la sociabilidad no se agota en el estudio de estas expresiones más formalizadas del mundo social y mucho menos en el caso de enfoques que atiendan exclusivamente a los aspectos más externos o institucionalizados de éstas (estatutos, reglamentos, una historia más o menos descriptiva o anecdótica de su evolución, etc.) sin tener en cuenta los debates y las relaciones personales que en aquellos espacios se generaban<sup>34</sup>.

Sin duda, uno de los errores más habituales en este ámbito historiográfico –y permanente objeto de polémica y crítica– ha sido ese uso indiscriminado del término sociabilidad y su confusión (voluntaria o no) con el de asociacionismo, y es por ello necesario detenerse aunque sea brevemente en este punto. Existen manifestaciones estructuradas y formalmente establecidas de la sociabilidad, y vertientes carentes de ese grado de institucionalización. Podemos encontrar la distinción ya en la sociología y en las formulaciones agulhonianas. Cabría recordar aquí la

<sup>32</sup> Canal, Jordi, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, *op. cit.*, p. 185.

<sup>33</sup> Uría, Jorge, “En torno a las comunicaciones presentadas a: Asociacionismo”, en Castillo, Santiago y Ortiz de Orruño, José María (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social, 1998, pp. 350-352.

<sup>34</sup> Gabriel, Pere, *op. cit.*, p. 149.

diferenciación, presente en Gurvitch, entre “sociabilidad estructurada” (el equivalente de la “formal” de Agulhon) y “espontánea” (la “informal” del historiador francés)<sup>35</sup>. En la práctica, las asociaciones (de diverso tipo) han sido el objeto de estudio más habitual entre los historiadores. Aunque conviene decir que la sociabilidad informal ha estado presente en esta línea de estudios desde sus inicios (nos referíamos antes al caso del propio Agulhon), es preciso reconocer que sólo en los últimos años –y siguiendo una evolución similar a la experimentada en Francia– los historiadores sociales españoles parecen haber centrado su interés en las múltiples facetas de esta sociabilidad: formas de ocio y recreo (cafés, tabernas, prostitución, espectáculos, deporte), espacios de sociabilidad cotidiana en las ciudades y en los núcleos rurales (la calle, el lugar de trabajo), la sociabilidad cultural y festiva, la vida familiar y doméstica, etc. No obstante, el camino por recorrer es todavía largo. Evidentemente, interviene aquí el problema de las fuentes: la sociabilidad formal deja un rastro más obvio<sup>36</sup>, y resulta más difícil profundizar en otros niveles, aunque éstos funcionen en la práctica como espacios fundamentales de socialización primaria y de aprendizaje social.

Por todo ello, no parece lógico en este momento analizar entidades y asociaciones prescindiendo del estudio de las manifestaciones informales de la sociabilidad con las que conviven y en algunos casos se integran. Los espacios y formas de sociabilidad son múltiples y diversos y no se reducen al marco de las asociaciones. Ello no significa –y conviene subrayarlo– que haya que renunciar al análisis de la sociabilidad organizada (por otra parte incompleto al menos en el caso español), lo cual mutilaría sin remedio cualquier aproximación global en este sentido. Usar una perspectiva más rica y compleja que la habitual hasta ahora en las investigaciones sobre las asociaciones –por lo general polivalentes y multifuncionales– puede ser una solución. Tal como señalábamos antes, es necesario no centrarse sólo en la historia institucional y la estructura formal de estas entidades (en su

<sup>35</sup> Sobre esta diferenciación en Gurvitch, véase en especial su libro: *La vocation actuelle de la sociologie*, París, Presses Universitaires de France, 1963. Existen, no obstante, otras distinciones entre diferentes formas de sociabilidad dentro de la tradición sociológica, tal como subrayan Luis P. Martín (“Nuevos actores en la política. La sociabilidad en la historia contemporánea”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 18, 2000) o Jorge Uría (“Sociabilidad informal...”, *op. cit.*).

<sup>36</sup> Jorge Uría (*Ibidem*) reflexiona sobre algunas de las razones de esta marginación de la sociabilidad informal en el caso de la historiografía española, y que sólo recientemente ha comenzado a corregirse. Además de las reticencias al uso de la noción de “sociabilidad” en general entre los historiadores sociales españoles (que pudo deberse, según Uría, a la percepción de que podía actuar como disolvente de la lógica de la lucha de clases en la explicación histórica), cabe subrayar el hecho de que la introducción de estas perspectivas se hiciera por mediación de un hispanismo francés más centrado en el estudio de la sociabilidad organizada y el asociacionismo que en el análisis de sus niveles más informales y espontáneos. Ha faltado un estudio más concreto de los “espacios” (más allá de su uso como sinónimo de asociaciones o en un sentido metafórico como “ámbito”), escenarios reales y lugares físicos y tangibles donde se desarrolla la sociabilidad (la calle, la vivienda o los lugares de ocio, entre otros), así como del modo en que aquéllos condicionan e influyen en ésta.

“descripción” en definitiva), sino también en la sociabilidad que les da sentido global, el sistema de relaciones que se teje en esos lugares y las formas y prácticas que adopta.

En definitiva, la noción de sociabilidad no debe sustituir a la de asociacionismo, y menos confundirse con ella, sino que en realidad la completa y le da otra perspectiva, una nueva coherencia, como ha señalado Jean-Louis Guereña. El uso de un enfoque más amplio, dentro del marco de la historia social, contribuye –en opinión de este hispanista francés– a estudiar estas asociaciones dentro de otros circuitos de sociabilidad en los que tiene sus orígenes o con los que mantiene vínculos, y a entrañarnos en definitiva en sus normas de funcionamiento interno y sus múltiples funciones. Lo importante son, por tanto, las relaciones que dibujan formas de sociabilidad más o menos finalizadas<sup>37</sup>. No hay que confundir, en este sentido, “marco formal” y “relación”, tal como recuerda Pilar González<sup>38</sup>.

Asimismo, cabría preguntarse si existe en realidad un abismo insalvable entre expresiones formalizadas o informales de la sociabilidad. Por el contrario, nos parece que ambas aparecen muchas veces solapadas y presentan múltiples conexiones entre sí, por lo que podríamos plantearnos la presencia, de hecho, de una “simple y difuminada línea” entre ambas manifestaciones. Ya el propio Agulhon insistía sobre la idea de la no existencia de un foso insalvable entre prácticas informales y prácticas de la vida asociativa. El estudio de lugares como el cabaret o la taberna, por ejemplo, nos muestra espacios a caballo entre la sociabilidad informal y la formal, donde tienen cabida en realidad tanto las relaciones espontáneas como manifestaciones muy próximas (e incluso indispensables) a la vida asociativa<sup>39</sup>, y lo mismo puede decirse de la dinámica de diversas redes de sociabilidad política<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> Guereña, Jean-Louis, “Un ensayo empírico...”, *op. cit.*, pp. 27-28.

<sup>38</sup> Esta autora plantea los problemas que puede generar esta confusión y toma como ejemplo el fenómeno mutualista: “¿Cuántos de nosotros adherimos por ejemplo a una mutual sin por ello establecer relaciones con los otros miembros? Podemos efectivamente señalar el sentido que pueda tener el adherir a ‘valores mutualistas’, pero no por ello construimos en torno a ellos un universo de relaciones sociales”. Por otro lado, el tener constancia de la existencia de relaciones de sociabilidad en ese contexto no nos revela exactamente el papel real que juegan estos vínculos en la conducta de los individuos. En principio, el principio de “solidaridad” que teóricamente debe guiar las relaciones en el marco de las mutualidades puede esconder, por ejemplo, actitudes egoístas o poco solidarias (fingir una enfermedad, por ejemplo, para cobrar el subsidio). En definitiva, concluye Pilar González, “las formas asociativas no resumen el universo relacional de los actores y puede llevarnos a sobrevalorar la importancia de este tipo de vínculos”. González Bernaldo de Quirós, Pilar, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, *op. cit.*

<sup>39</sup> Emblemáticos a este respecto son los trabajos de Jorge Uría en torno a la taberna. Véanse: “La taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio”, *Historia Contemporánea*, 5, 1991; “Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX”, en Redero, Manuel (ed.), *Sindicalismo y Movimientos Sociales (Siglos XIX-XX)*, Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1994; y, más recientemente: “La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración española”, *Hispania*, 214, vol. LXIII/2, 2003.

<sup>40</sup> En el caso concreto de mis estudios sobre la sociabilidad de los anarquistas españoles, he podido observar que esta división rígida entre una sociabilidad formal y otra informal no resulta

## ¿UN CONCEPTO ÚTIL?

A pesar de todos las dificultades y problemas asociados a su uso, existe una cierta coincidencia entre aquellos historiadores que han utilizado en sus investigaciones las perspectivas relacionadas con la sociabilidad –y sobre todo reflexionado sobre su alcance y aplicaciones– a la hora de señalar que ésta ha resultado una noción historiográfica útil. Su interés principal residiría, por un lado, en su capacidad mostrada a la hora de abrir nuevos horizontes de posibilidades analíticas y metodológicas en la investigación histórica sobre diversos campos y temas de estudio, los cuales, por otra parte, ha ayudado a legitimar y normalizar: su radio de acción se ha extendido y solapado con la historia del ocio o la educación, la literatura, los medios de comunicación o la historia urbana, por citar sólo algunos ejemplos. Por otro, cabe destacar su inserción plena en las corrientes de renovación de la historia política, social y cultural; sus enfoques se han integrado plenamente en éstas, contribuyendo paralelamente así a ese proceso de renovación<sup>41</sup>. Todo ello no ha impedido la crítica a las frecuentes derivas y, por desgracia, abundantes excesos hechos en nombre de la sociabilidad, como estamos viendo. Asimismo, hay también cierto consenso a la hora de señalar que no se trata de crear un campo específico ni una nueva historia sectorial. Así lo ha destacado Jordi Canal, por ejemplo, para quien la clave es saber utilizar “las múltiples posibilidades” que ofrece la categoría. Para explotar todas sus potencialidades, Canal propone tres condiciones: la combinación de reflexión teórica y resultados empíricos (ni mero descriptivismo ni olvido del trabajo de archivo); la necesidad de diálogo entre disciplinas afines; e intercambio y ejercicio comparativo entre historiografías nacionales<sup>42</sup>.

---

muy útil como punto de partida de la investigación. La inestabilidad, precariedad, legalidad/ilegalidad de muchas iniciativas societarias libertarias provocaba a menudo que los vínculos de afinidad, camaradería o amistad fueran mucho más fuertes que la pertenencia o no a una determinada entidad. En este sentido, el grupo anarquista –a menudo no formalizado o explícito–, cercano a la fórmula asociativa de la cuadrilla –o peña– de amigos, constituía el eje básico de sociabilidad en esta familia política y, por otro lado, tampoco se solían registrar oficialmente sus asociaciones. Véase: Navarro Navarro, Fco. Javier, *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la guerra civil*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002, pp. 46-47, así como las interesantes reflexiones sobre el papel del grupo en el movimiento anarquista recogidas en Tavera, Susanna y Ucelay Da-Cal, Enric, “Grupos de afinidad, disciplina bélica y periodismo libertario”, *Historia Contemporánea*, 9, 1993.

<sup>41</sup> En el caso concreto de la historiografía española, el reto que se plantea actualmente no es, por tanto, la creación/afianzamiento de un nuevo ámbito de investigación, aislado en sus objetos de interés y en su metodología (y atractivo tan sólo por sus heterogéneas temáticas o por la novedad de una cierta “moda” historiográfica, ya algo relativa por otra parte), sino la consolidación de la tendencia que lleva a la plena inserción de estas perspectivas dentro de la historia social.

<sup>42</sup> Canal, Jordi, “Historiografía y sociabilidad...”, *op. cit.*, pp. 24-27. Pere Gabriel también señala la necesidad de este debate interdisciplinar (*op. cit.*, pp. 144-145). Véase asimismo: Solà, Pere, “Asociacionismo en la España periférica”, *op. cit.*, pp. 94-97. También incide sobre la conveniencia de análisis comparativos: Maza, Elena, “Sociabilidad e historiografía...”, *op. cit.*, p. 247.

A similares conclusiones llega Jean-Louis Guereña. La multidimensionalidad de esta noción (que incluye gran cantidad de formas y prácticas) y su carácter de encrucijada entre diversos campos de las ciencias sociales (entre ellas, por ejemplo, la antropología cultural, la etnología de la vida cotidiana, la sociología del ocio y la historia social, política y cultural) debe ser visto, según este historiador, como algo positivo. Sin duda, la utilización del concepto “sin real reflexión sobre su contenido y problemática” y su transformación en “cajón de sastre”, pueden llegar a convertirla en una noción inútil para la explicación histórica. Sin embargo, una mirada plenamente integradora en lo metodológico y una delimitación precisa de sus objetos y campos de estudio pueden revelarnos, en opinión de Guereña, la validez y operatividad de una categoría que no merece ni excesos de honor (ya que, obviamente, no lo explica todo), pero tampoco de indignidad<sup>43</sup>.

Como puede verse, la clave aquí es considerar quizás la sociabilidad como un instrumento, una metodología para comprender mejor la realidad histórica, sabiendo siempre en todo caso dónde queremos ir a parar y qué buscamos entender y tratar de explicar. En definitiva, la sociabilidad no se presentaría en este sentido como un campo agotado, sino que puede servir para repensar viejos —o plantear nuevos— problemas con una nueva mirada, aportando elementos para intentar una reconstrucción histórica más compleja<sup>44</sup>. De hecho, algunos de los estudios más válidos en este ámbito han partido de aquellos autores que han aplicado los enfoques relacionados con la sociabilidad en su búsqueda de herramientas y elementos que les fueran útiles a la hora de abordar problemas derivados de sus propias investigaciones. Nos referiremos en concreto a uno de los terrenos donde estas perspectivas se han mostrado, y pueden mostrarse en el futuro, más fecundas y útiles: el de la historia política de los siglos XIX y XX

Y no está de más en este sentido volver la mirada a la obra del propio Agulhon. Conviene recordar que el historiador francés recurrió al concepto de sociabilidad, no con el propósito inicial de crear una nueva escuela o método, sino con la intención seguramente más lúcida de servirse de un instrumento que le iba a ser, eso sí, de particular utilidad en su verdadero objetivo: el de contribuir a la construcción de una historia política renovada en sus métodos y en sus objetos de estudio. Se trataba en realidad, por tanto, de una noción auxiliar dentro del instrumental analítico del que se valía Agulhon en su intento de reconstruir de una manera más amplia y compleja —que la basada en la trayectoria de individuos y núcleos dirigentes en ámbitos centrales del juego político— del mundo político francés en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX<sup>45</sup>. Podemos destacar otros autores que han

<sup>43</sup> Guereña, Jean-Louis, “Un ensayo empírico...”, *op. cit.*, p. 28.

<sup>44</sup> Caal, Jordi, “Historiografía y sociabilidad...”, *op. cit.*, pp. 13-14. Canal se refiere en concreto al uso de la sociabilidad en el campo de la historia política, y que ahora mencionaremos. En definitiva, tal como señala James S. Amelang, en historia no se trata tanto de hacia dónde se mira, sino de la manera como se mira (Amelang, James S., *op. cit.*, p. 54).

<sup>45</sup> Uría, Jorge, “Sociabilidad informal...”, *op. cit.*

hecho uso de la noción de sociabilidad en sus investigaciones en el campo de la historia política. Es el caso de los ya mencionados Maurizio Ridolfi para el estudio del republicanismo y del socialismo en Italia, o Jordi Canal para el carlismo en España<sup>46</sup>.

Otro interesante ejemplo en esta línea lo constituyen los trabajos de Pilar González Bernaldo de Quirós<sup>47</sup>, quien examina la relación entre los discursos y las prácticas políticas de la “sociabilidad” y la “nación” en el caso concreto de los procesos de construcción nacional en la Argentina del siglo XIX. Para esta autora, la sociabilidad es una variable que permite dar una mayor inteligibilidad a estos procesos políticos. Si bien el concepto (en este caso como atributo de la vida social, sinónimo de civilidad, virtud del trato y convivencia con otros) se desarrolla en el siglo XVIII dentro del absolutismo, y no en pugna con él, en realidad introducía a la larga una nueva representación del vínculo que servía para pensar la sociedad como campo independiente de la soberanía y producto de elecciones racionales. Al introducirse con la revolución el principio de igualdad jurídica y la idea de una sociedad de ciudadanos soberanos, “la noción de sociabilidad, y los espacios y prácticas con que esta noción estaba identificada, pasa a constituir una de las herramientas conceptuales a partir de la cual ciertos actores imaginarán los nuevos vínculos sociales que hacen ‘sociedad’”. El lenguaje de la sociabilidad vendrá a encontrarse así con el nuevo de la sociedad-nación como depositaria de la soberanía y fundamento de lo político. Las “sociedades”, como prácticas y espacios emblemáticos de la nueva sociabilidad, se comenzarán a identificar de esta manera con la nación como organización política, cuyo progreso y bienestar se va asimilando al desarrollo asociativo.

A partir de estos planteamientos, Pilar González propone una nueva interpretación de las luchas políticas en la Argentina decimonónica, no ya en clave de clases o ideologías, sino de “redes” de poder. Así nos muestra que, efectivamente, “la organización y triunfo de las distintas facciones estaría vinculada a su capacidad de garantizarse nuevas fidelidades políticas que el desarrollo de nuevos vínculos asociativos hacía posible”. Asociaciones como las logias masónicas<sup>48</sup> o los clubes, por

<sup>46</sup> Véanse, por ejemplo: Canal, Jordi, “Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)”, *Historia Social*, 15, 1993 y “Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España mediterránea en la etapa de entresiglos”, en Sánchez, Isidro y Villena, Rafael (eds.), *Sociabilidad fin de siglo...*, *op. cit.*

<sup>47</sup> Entre otros: González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilité et politique...*, *op. cit.*; “Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires (1821-1852)”, *Historia Contemporánea*, 27, 2003; y “La ‘sociabilidad’ y la historia política”, *op. cit.*, artículo cuyas reflexiones reproducimos en las líneas que siguen.

<sup>48</sup> Son de destacar las interesantes aproximaciones al estudio de la masonería en España procedentes de autores que han utilizado perspectivas asociadas a la sociabilidad. Véanse, por ejemplo: Martín, Luis P., “Les loges maçonniques dans l’Espagne contemporaine: un réseau de sociabilité politique?”, en Martín, Luis P., y Brenot, Anne M. (eds.), *Les sociabilités dans le monde hispanique (XVIIIème-XXème siècles). Formes, lieux et représentations*, Valenciennes, Presses Universitaires de Valenciennes, 2000 y, del mismo autor: “Las logias masónicas. Una sociabili-

ejemplo, proporcionaban estructuras organizativas a las facciones políticas. Sin embargo, esta conexión dista de ser mecánica: estas entidades no funcionaban simplemente como máquinas de cosechar votos para los partidos políticos, sino que actuaban de una manera más general como espacios que propiciaban contextos relacionales y vínculos entre los individuos. Conectando a éstos en función de una serie de intereses comunes, permitían multiplicar los nexos sociales fuera del ámbito privado y desarrollaban así los vínculos relacionales. El incremento del trato generaba un clima de mayor confianza que podía estimular el pacto y el acuerdo, enmarcando la competencia en un contexto de mayor previsibilidad. En este sentido, “la sociabilidad, al mismo tiempo que hace posible la competencia –y la consolidación de facciones– vincula el juego político a la dinámica relacional, permitiéndonos desplazar el problema de la estabilidad política de su tradicional campo institucional”. De esta manera, el estudio de la sociabilidad “permite dar cuenta de cómo las nuevas reglas de juego de la política son producto de la interacción social y pueden dar lugar a formas relacionales específicas que brindan, como el caso de los clubes electorales, un conjunto de recursos organizativos, relacionales e identitarios para el ejercicio de la soberanía”.

Se puede observar aquí cómo –partiendo en este caso concreto de una sugerente aplicación del concepto de sociabilidad a los fenómenos de construcción nacional– el centro de atención son las relaciones y vínculos sociales entendidos en un sentido global. De esta manera, la amplitud de la noción no es ya un problema sino que, por el contrario, proporciona una perspectiva más rica al plantear la integración en nuestra mirada de todos estos diferentes problemas que hacen referencia a las prácticas relacionales de los actores sociales, dotando así de una mayor inteligibilidad al campo de lo político (no circunscrito al ámbito de lo institucional). El desafío –difícil y complejo sin duda– que plantea la sociabilidad a la historia política es, por tanto, explicar cómo se articulan aquéllas y con qué fin.

Otro ejemplo de aplicación, desde otro punto de vista, de los enfoques relacionados con la sociabilidad para el estudio de la vida política es el de las investigaciones de Pere Gabriel para el caso de la Barcelona de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX<sup>49</sup>. Gabriel analiza el papel de la sociabilidad en la confi-

---

dad pluriformal”, *Hispania*, 214, vol. LXIII/2, 2003. Asimismo: Valín, Alberto y Díaz Martínez, Carlos (coords.), *Masonería Universal, una forma de sociabilidad. ‘Familia Galega’, 1814-1996*, A Coruña, Fundación Ara Solis, 1996 y, del primero de estos autores, “La masonería, una discreta forma de sociabilidad democrática”, en Valín, Alberto (dir.), *La sociabilidad en la historia contemporánea...*, *op. cit.*

<sup>49</sup> Por ejemplo: Gabriel, Pere, “Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920”, en García Delgado, J.L. (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los siglos interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992; “Sociabilidad obrera y popular y vida política en Cataluña, 1868-1923”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, 17-18, 1993; “La Barcelona obrera y proletaria”, en Sánchez, Alejandro (dir.), *Barcelona, 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Madrid, Alianza Editorial, 1992; “Sociabilidad de las clases trabajadoras a la Barcelona d’entreguerres, 1918-1936”, en Oyón, José Luis (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerres, 1918-1936*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània, 1998; y “Sociabilismes obrers...”, *op. cit.*

guración de movimientos y culturas políticas populares. En opinión del historiador catalán, la intensa sociabilidad de las clases populares y trabajadoras en la Barcelona de estos años era, por un lado, el instrumento principal de articulación clasista del mundo de los trabajadores en el magma del medio popular, y aparece ligada a la formación de una cultura política popular militante y resistente con diferentes adscripciones ideológicas. Por otro lado, y paralelamente, esta sociabilidad acabará por facilitar la vertebración social y política de unos espacios urbanos concretos que actuarán como ejes unificadores y creadores de una determinada cohesión e identidad popular de la ciudad. Todas estas tendencias se traducen en una variada tipología de asociaciones que responde a tres tipos fundamentalmente: uno de carácter mas apolítico y multifuncional (social, cultural o recreativo); otro, más abiertamente izquierdista (desde el republicanismo al anarquismo), y otro relacionado con el ocio y el espectáculo, y el surgimiento de áreas relacionadas con ellos: es el caso del Paralelo, por ejemplo.

En definitiva, Gabriel propone aquí un uso de la sociabilidad –fuera de la lógica autosuficiente de ciertos estudios del asociacionismo– que nos ayude a entender de una manera integral los mecanismos de articulación de la vida popular y obrera en un marco cronológico concreto (y en sus distintos espacios y expresiones: trabajo, ocio, cultura, etc.<sup>50</sup>) y, sobre todo, su vinculación con las distintas formas de vertebración política de estos sectores. Se trata, por tanto, de apostar por una visión más compleja de los caminos a través de los cuales puede discurrir la vida política, ampliando nuestra concepción de ésta y no limitándola a la dinámica de partidos, elecciones o minorías dirigentes de diverso signo. De esta manera, la sociabilidad podría servir también aquí (de hecho, ya se ha mostrado útil a la hora de llamar la atención sobre temas considerados tradicionalmente “no políticos”) como instrumento para ensanchar los límites de la historia política, ayudando, por ejemplo, a avanzar en la comprensión de los procesos de conformación, acción y evolución histórica de determinadas culturas políticas en un sentido amplio, más allá de las coyunturalidades y estrategias de los partidos<sup>51</sup>.

En efecto, es en la conexión de la sociabilidad con el concepto de “cultura política” donde estas perspectivas se han mostrado, y pueden mostrarse en el futuro, más fértiles. Las culturas políticas suponen un sistema de representaciones compartido en el que la interacción permanente de discursos y prácticas sociales por parte de los individuos constituye un eje básico en la construcción de sus identidades políticas y sociales. Entre esas prácticas, la sociabilidad ocupa un lugar fundamental. Su observación nos muestra las dinámicas que ponen en relación a grupos de individuos a través de unos vínculos que implican una serie de valores compartidos. La clave no está solamente en constatar la existencia de estos vínculos, sino

---

<sup>50</sup> Véase, en este sentido: Freán, Óscar, “La creación de una identidad colectiva: sociabilidad y vida cotidiana de la clase obrera gallega”, en Valín, Alberto (dir.), *La sociabilidad en la historia contemporánea...*, *op. cit.*

<sup>51</sup> Gabriel, Pere, “Sociabilismes obrers...”, *op. cit.*, pp. 155-156.

en analizar el papel que pueden jugar y calibrar el alcance que podemos darles para explicar la acción colectiva.

La historiografía española ha avanzado en los últimos años en el análisis de las redes de sociabilidad de distintos movimientos y culturas políticas en la España contemporánea, aunque quedan por explotar todas las potencialidades explicativas que estas perspectivas pueden encerrar. Los estudios se han centrado sobre todo en los diferentes entramados asociativos y centros de sociabilidad política, especialmente por lo que se refiere al período comprendido entre el último tercio del siglo XIX y el final de la guerra civil, etapa, por otra parte, de auténtica eclosión asociativa al compás de la renovación de las formas de movilización y la irrupción de la política de masas. Es el caso, por ejemplo, de las tramas de círculos republicanos, conservadores, carlistas, liberales, nacionalistas (centros catalanistas o batzokis del nacionalismo vasco), socialistas (Casas del Pueblo, agrupaciones), anarquistas, etc.<sup>52</sup> Se ha puesto de relieve el papel esencial de estas entidades como espacios emblemáticos, integrantes y forjadores a la vez, de una determinada identidad política; estas redes actuaban como canales de socialización y de consolidación de los vínculos comunitarios de sus miembros, reforzando así la cohesión del grupo y su identificación con un determinado proyecto social colectivo<sup>53</sup>. Parece que el estudio de estos centros constituye un apartado cada vez más importante —o al menos así debería serlo— en cualquier aproximación al análisis de las diferentes culturas políticas hispánicas. No está de más apuntar aquí, por otra parte, la conveniencia de emprender un estudio comparado de las características y funciones de

---

<sup>52</sup> Un buen balance de estos estudios, en: Canal, Jordi, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión”, *op. cit.*, pp. 53-55. Para el caso del republicanismo, por ejemplo, desde estas perspectivas, destacan los trabajos de Pere Gabriel, Àngel Duarte, Ramón Batalla o Manuel Morales Muñoz entre otros, por no mencionar la línea de estudios sobre los casinos de una u otra tendencia. En un sentido más general, y en la línea metodológica de la inserción de las prácticas de sociabilidad dentro del análisis global de la cultura política republicana, como venimos comentando, merece destacarse el excelente trabajo de Archilés, Ferran, *Parlar en nom del poble. Cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme de Castelló de la Plana, 1891-1909*, Castelló de la Plana, Ajuntament, 2002. Añadamos por último, para el caso de las casas del pueblo socialistas, los trabajos de Francisco de Luis Martín y Luis Arias González. Véase, por ejemplo, de estos autores: *Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)*, Barcelona, Ariel, 1997.

<sup>53</sup> Desde la posición del antropólogo, se subraya que “los estudios antropológicos sobre diferentes formas asociativas ponen de relieve el papel que las mismas pueden llegar a jugar como instituciones políticas en un sentido no formalista del término, así como su significación como referente simbólico para la identificación de colectivos y aun de sociedades locales en su conjunto (...) las asociaciones, sus tipos, formas, características y funciones, aparecen como aspectos importantes de la cultura política de cada sociedad”. De esta manera, las asociaciones “se constituyen, efectivamente, como canales fundamentales de la actividad y la participación socio-política de los individuos y grupos, entendidas ambas en un sentido amplio y no restringido al ámbito de la política formal”. A través de un análisis profundo de las mismas, “podemos acceder de manera más directa y minuciosa al conocimiento de la estructura social y el sistema político de una colectividad”. Escalera, Javier, “Asociacionismo y antropología”, *op. cit.*, pp. 13-14.

todas estas tramas, así como recordar que las prácticas y las redes de sociabilidad que formaban parte integrante de esas culturas no se reducían a ellas.

Evidentemente, no es nuestra intención plantear que estas perspectivas sean las únicas a tener en cuenta a la hora de abordar una auténtica historia social de la política, pero sí que se nos muestran, en nuestra opinión, imprescindibles. Por otro lado, antes de condenar a la sociabilidad al rango de “categoría débil”<sup>54</sup>, parece sensato intentar aprovechar todas sus potencialidades explicativas, siempre y cuando seamos conscientes de que se trata de una noción atravesada por una extraordinaria confluencia de cuestiones que conviene identificar y valorar críticamente. Esto excluye, como venimos subrayando, una apropiación aproblemática de la categoría y sus implicaciones. Por otro lado, esta confluencia plantea una interdisciplinariedad y una transversalidad<sup>55</sup> que debemos tener siempre presentes, pero que, en todo caso, no puede conducirnos a prescindir de nuestro enfoque histórico específico. La sociabilidad está inscrita en la historia y conviene prestar atención a sus concreciones precisas en diferentes períodos históricos, así como a sus variaciones y evolución en el tiempo<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup> Expresión de cierto éxito utilizada a la hora de resumir las discusiones de un coloquio de l'École Française de Roma sobre sociabilidad en la Italia del XIX, y recogidas en: Causerano, Pietro; Meriggi, Marco y otros, “Sociabilità e associazismo in Italia: anatomia di una categoria debole”, *Passato e Presente*, 26, 1991,

<sup>55</sup> Tal como señala Carles Santacana, la sociabilidad constituye un ámbito de reflexión verdaderamente transversal que convoca a historiadores especializados en etapas históricas y temas diferentes. El estudio de sus dinámicas, según Santacana, tiene interés por él mismo, pero sobre todo tiene que ser útil para una mejor comprensión de la historia social, la historia cultural y la historia política, al tiempo que nos sitúa ante un “reto conceptual” que es común al conjunto de las ciencias sociales. Santacana, Carles, “Presentació”, en *Sociabilitat i àmbit local...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

<sup>56</sup> Luengo, Félix, *op. cit.*, p. 369. Tal como apuntaba Jacques Maurice hace ya algunos años, una de las principales dificultades presentes en estas investigaciones consiste en “integrar dentro de la misma secuencia la dimensión antropológica y la modalidad institucional, histórica, de los hechos de sociabilidad”. Maurice, Jacques, “Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea”, *Estudios de Historia Social*, 50-51, julio-diciembre 1989, p. 134.

